

INTRODUCCIÓN

Cuando el Consejo Superior de Investigaciones Científicas me destinó a ordenar el archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, allá por los años de 1956 –del siglo pasado– nunca sospeché el mundo en el que iba a penetrar, ni mucho menos que en él me llegaría la jubilación después de cuarenta y tantos años de ordenar papeles y más papeles con polvo de siglos. Las referencias que tenía, de personas que habían intentado trabajar en este Museo antes que yo, no eran nada halagüeñas, ninguna estuvo en él más de unos días.

En la fecha en que debía incorporarme a mi trabajo tenía una vaga idea del Museo en el que iba a transcurrir la mitad de mi vida; no había vuelto a visitarlo desde que, de niña, mis padres nos llevaban a mis hermanos y a mí a los Altos del Hipódromo –así se denominaba entonces a la colina donde está situado–. Creo recordar que allí mismo existía también un cuartel de la Guardia Civil.

Hasta cerca de la puerta llegaban los tranvías que entonces eran tan frecuentes por Madrid. Ahora, en la fecha a la que me refiero, todo ha cambiado; los tranvías no existen y menos aún transporte que llegue hasta la puerta –como no sea coche propio que yo hasta bien entrado el año 64 no he tenido–. La benemérita tampoco estaba allí, había emigrado en busca de otros horizontes.

Se accedía al interior del Museo empujando una puerta giratoria que desembocaba en un pequeño *hall*; allí, en una especie de garita, se adquirían las entradas para visitarlo. Luego, con el tiempo, esta garita sirvió también de tienda de *souvenir*. Dos grandes puertas de cristales daban acceso al interior del gran salón de exposiciones. A ambos lados de estas puertas dos enormes conchas (valvas) –que nunca supe por qué arte de birlibirloque se sostenían– descansaban directamente en el suelo sin ninguna clase de soporte –al menos aparentemente– parecían vigías defendiendo la entrada de cualquier visitante *non grato*, al igual que, tiempos atrás, un sargento y un soldado –plantones– servían de custodia al primitivo Gabinete Real. Empujando una de las grandes puertas nos encontrábamos en primer término, colocados sobre un pedestal de mármol, los bustos de los hermanos Benedito a quienes se debían la mayor parte de los trabajos de taxidermia allí expuestos.

Inmediatamente penetrábamos en un mundo fantástico de animales inanimados, pero que, por sus actitudes, bien pudieran estar acechando al intruso que osara perturbar su reposo. El grupo de gorilas, suspendidos de unos árboles, parecía dar la bienvenida al visitante. Allí estaba la jirafa; el enorme elefante, al que acompañaban uno pequeño encerrado en una urna y otro mediano (el de Java) junto a su esqueleto; el oso, cazado por el marqués o conde de Alfonso XIII, sin olvidar al toro de lidia. En la galería de la derecha, según se entraba –acristalada de arriba abajo– toda clase

de monos hacían las delicias de los visitantes más pequeños. Esta misma galería encerraba ejemplares de cebras; tigres; leopardos; gacelas; ciervos...

Encima otra galería donde se exhibían los reptiles colgados de las paredes; al final de ella el esqueleto humano –de hombre– que después de su paso por la vida y el tiempo que llevara convertido en esqueleto no se venía abajo gracias al engranaje que interiormente llevara.

Distribuidas por todo el salón, urnas donde descansaban gatos siameses, persas, gatos comunes; grupos de ratones, ratas de laboratorio..., conejos saliendo de sus madrigueras, liebres... Ya cerca de la salida, el grupo de leones apareciendo entre cañaverales y el grupo de cabras monteses dispuesto entre escarpados riscos. En el frontispicio, colgadas toda clase de cabezas de astados parecían hablarnos de otras tantas hazañas de sus cazadores.

A la derecha de la gran sala, e interrumpiendo la galería mencionada de monos, arrancaba –y arranca– una ancha escalera que nos conducía a la Sección de Entomología y directamente se accedía a la sala de insectos. De todo este mundo me sorprendieron gratamente las mariposas de vistoso colorido que, en un espacio interior, extendían sus alas en actitud de volar. Tan bellos eran sus colores que el curioso quedaba fascinado ante el espectáculo. Además, una cuidada iluminación dejaba sorprendido al público cuando se apagaban las luces y se iluminaba únicamente el espacio en que aparecían estos bellos insectos. El resto de la sala lo ocupaban mesas con tapas de cristal que contenían toda clase de insectos clavados con alfileres y colocados en cajitas: moscas, mosquitos, arañas, avispas, abejorros, cigarras, cucarachas, escarabajos, grillos...

Bajando nuevamente al salón y siempre a la derecha la Sala de Aves; sala que por sus dimensiones más bien pequeñas, disposición de los animales e iluminación, atraía multitud de curiosos. En un lugar estratégico, el grupo de zorros apresando a unas palomas. Por doquier pingüinos en espacios representando su hábitat; patos en su estanque; palomas; perdices; pájaros posados en postes de telégrafos... Había urnas y cuadritos con unas hermosas aves de distintos y bellos colores, dispuestas en las ramas de los árboles, que eran un verdadero primor.

Saliendo de este oasis volátil y avanzando por el salón se llegaba a la Sala del Mar cuya entrada se hacía pasando por debajo de un buitre que, suspendido en el techo en actitud de remontar el vuelo, amenazaba con caerle a uno encima si no apresuraba el paso. Una vez dentro nos encontrábamos: en el centro y alrededor de toda la sala, grandes mesas-urnas que contenían lo más representativo de los seres marinos. A todo lo largo de sus paredes, colgados, ejemplares del pez martillo, pez espada; anfibios de mayor o menor tamaño... La luz entraba por dos grandes ventanales que de vez en cuando se abrían para ventilar el recinto, por medio de unas cuerdas que pendían de sus hojas.

Unas pesadas cortinas verdosas ocultaban la entrada –prohibida para el público– a unas escaleras que conducían a la vivienda del conserje. Siguiendo nuestro itinerario se desembocaba en una especie de plataforma donde se ubicaba la biblioteca, habitación inhóspita solo accesible para el mozo que facilitaba los libros que se consultaban en otra sala de la que seguidamente haremos mención.

Enfrente, unas escalerillas daban acceso a un ancho pasillo con puertas a ambos lados. Una de ellas nos adentraba en el despacho del director; a continuación la secretaría y la sala-biblioteca, respectivamente, donde los lectores podían leer, más o menos cómodos, los libros que solicitaran. Enfrente de todas estas dependencias, laboratorios.

Por una especie de antesala se salía al jardín posterior del Museo. El portón, siempre cerrado; no había ni acceso ni salida por él. Siguiendo nuestra marcha, nos encontrábamos con nuevas escaleras que desembocaban en otro pasillo con puertas a ambos lados... Otros tantos laboratorios. En uno de ellos dividido, por un inmenso armario, en dos despachos totalmente independientes uno de otro, con paso común por la puerta, me habilitaron uno de ellos para archivo. Grandes armarios cerrados con llave y con los cristales pintados, ocultaban su contenido –luego supe que estaban atestados de aves ya montadas pero que debido a su gran deterioro, esperaban pacientemente una buena limpieza–. Me habilitaron también una pequeña mesa renqueante, que había servido para las disecciones que se practicaban a los distintos animalitos que se preparaban antes de ser montados. En el centro del despacho, a todo lo largo del mismo, otra mesa me servía para extender los documentos, ordenarlos, clasificarlos y catalogarlos. En la pequeña mesa colocada delante de un gran ventanal acristalado que daba al jardín ya mencionado –desde el que divisaba varios árboles, una pequeña parcela con césped salpicada de margaritas y flores silvestres y un pedazo de cielo que cambiaba de aspecto según cambiaran las estaciones del año– campeaba una máquina de escribir de las de tampón, rescatada de las profundidades de algún siglo pasado, una más de tantas y tantas piezas de museo como corresponde al de Ciencias Naturales cuyos comienzos datan de 1771. Esta máquina se limpiaba todos los meses por un técnico; empezaba por quitar el tampón, frotar bien los caracteres de escritura con un líquido de fuerte olor; después de secarlos concienzudamente, procedía a empapar en tinta el tampón; al estar tan impregnado, su escritura era a veces –sobre todo al principio de su limpieza– bastante deficiente, las letras salían rezumando tinta y si no se tenía cuidado, se emborronaba la ficha o lo que se estuviera escribiendo, había que esperar para sacar del rodillo el escrito.

Se completaba el archivo con una estufa de carbón, salamandra, que se encendía diariamente en invierno y si, por la causa que fuere, yo no iba a trabajar, tenía que llamar pronto por teléfono al mozo encargado de este menester para que no la encendiera –había que ahorrar carbón– por aquellos lares no aparecía ni un alma, salvo en contadas ocasiones cuando algún despistado investigador se colaba en este *Sanctasanctórum*. Finalmente, se remataba el mobiliario con una especie de lava-bo-pilón y varias sillas de madera. El asiento, también de madera, era mi *potro de tormento*, al estar tanto tiempo sentada cuando me levantaba notaba resentidas mis posaderas.

Para dar un poco de vida al despacho, me hice con varias plantas que adornaron el gran ventanal. El conjunto quedaba agradable a la vista, y si no era un confortable archivo sí se sentía uno a gusto en aquel solitario paraje... Y aún me encontré como *pez en el agua* cuando empecé a leer todos aquellos papeles amarillentos y empolvados por los años y a familiarizarme con sus personajes. No necesité tener

a nadie a mi alrededor, en cuanto desataba los legajos –atados con cinta de baldique– guardados en cajas de cartón y depositadas en la sala-biblioteca, empezaban mis fantasías a tomar vida. En ocasiones viajaba por selvas vírgenes acompañando a los expedicionarios que osaban adentrarse por ellas; otras se surcaban grandes ríos, con inmensas *torreenteras*, en balsas gobernadas por expertos indios. La mayoría de los días se comía poco y malo; alguna onza de chocolate; en contadas ocasiones el festín era excepcional: algún pajarillo que caía fulminado por el escopetazo del cazador de turno, o algún pescadito que asado a la brasa estaba succulento. Cuando anochecía por estos parajes, se improvisaban una especie de *ranchos* con palos, caña brava y grandes hojas de ponce cuyo largo, de tres cuartas de vara, permitía librarse de la lluvia –que por la noche solía caer– y del rocío de la mañana a todo el que, debajo de ellos, se cobijaba. Otras veces asistía a las fiestas de los indios a base de bailes con tamboril, pitos de hueso y mucha *chicha* que bebían en grandes cantidades hasta emborracharse.

Cuando me cansaba de salvar quebradas profundas por puentes de mimbres y cañas cimbreadas al paso del viajero, recogía –no velas– papeles, los colocaba, ataba y guardaba cuidadosamente. Seguidamente abría otra *caja de sorpresas*; efectivamente, de ella saltaban, cual resortes, personajes de lo más variopinto. Ahora me tocaba acompañar a la comitiva real al palacio de Aranjuez a pasar los meses de primavera; en otras ocasiones nos dirigíamos a la Granja de San Ildefonso para refrescar, a través de sus bellos y umbrosos jardines –con susurrantes fuentes– los rigores del verano. Los otoños nos dirigíamos a San Lorenzo de El Escorial, cuyos atardeceres otoñales son únicos por esos contornos.

No faltaban tampoco los besamanos reales que, varias veces al año, se celebraban en palacio. Ni el personaje que embozado, aparecía en busca de cirujano que le *serrara dos astas del mismo color, dureza, sustancia y figura que las de un cordero y que fueron separadas por medio de la sierra de amputar*.

También me «empapaba» del coste del montaje del elefante, la jirafa o cualquier otro animal que, inanimado, yacía en el gran salón de exposición. Qué alambre se había necesitado, cola, madera, etc., recuerdo que manejando todas estas cuentas llegué a convertirme en una experta calculando, *grosso modo*, cualquier gasto relativo al montaje de los distintos seres que poblaban el Museo.

Inmersa en este mundo de fábula nuevos elementos venían, de vez en cuando, a perturbar mi retiro. De los escritos que en ese momento estuviera leyendo, saltaban las letras de sus renglones –más o menos derechos– y en forma de duendecillos revoloteaban por doquier. Unas veces tocaban sus flautines, otras entonaban alguna cancioncilla y siempre amenizaban la jornada de trabajo. Sumisos y obedientes a la hora de volver a sus lugares, ocupaban sus puestos sin faltar ni sobrar una coma. No así otras que personificadas en diablillos eran imposibles de controlar; invadían la estancia trastornándolo todo y alborotaban de tal forma que era imposible concentrarse en el trabajo. A veces al releer el extracto del documento que acababa de estudiar encontraba unas equivocaciones incomprensibles dado que me encontraba sola, reinaba un gran silencio y la concentración debiera ser total y absoluta. Estos diablejos no obedecían «al toque de queda» y cuando finalmente, rendidos, volvían a sus puestos, al releer el escrito siempre faltaba alguno que subido

en lo alto de un armario o bebiendo agua en la fuente parecía burlarse de mí ¡qué desesperación hasta que veía todo ordenado y correcto en su lugar!

Todo este mundo que acabo de detallar, quedaba adormecido cuando recogía, con todo cuidado, tan importante legado hasta el día siguiente.

Pero este fantástico Museo poseía otra faceta: el *suspense*. Existían tres dependencias infranqueables que hacían volar mi imaginación a mundos encantados solo conocidos a través de los cuentos que en mi infancia leía con verdadera avidez. Eran, por orden de preferencia: la biblioteca antigua; el laboratorio de taxidermia y el patio interior del Museo. Estas tres estancias estaban celosamente guardadas. La primera situada en una especie de sótano, justo debajo de donde yo trabajaba; descendiendo unos escalones se llegaba ante una puerta, de doble hoja, cerrada con llave. Al no tener el Museo persona cualificada que se dedicara a la biblioteca –tan solo un mozo encargado de facilitar los libros de consulta al público– la antigua nunca se abría ni se sabía lo que en ella se guardaba.

El laboratorio de taxidermia siempre cerrado también –aunque había dos taxidermistas que desempeñaban los trabajos– tenía salida al jardín posterior en cuya verja pendía una gran parra dando sombra a una especie de porche con escaleras de piedra.

El patio interior, tampoco estaba accesible; durante mucho tiempo no se transitó por él –o eso al menos es lo que yo creía– me dijeron que años atrás servía para depositar los grandes animales, desollarlos, limpiarlos y prepararlos, y que por estar empedrado con grandes losas de piedra, era fácil la limpieza.

Siempre que pasaba cerca de la biblioteca cerrada, me figuraba la habitación prohibida de *Barba Azul* ¿estaría decorada con figuras tan macabras?

El laboratorio de taxidermia, situado al fondo del salón de exposiciones, se me antojaba la cueva donde se cocían las pócimas para preparar los animales muertos; con malos vapores y olores fétidos, con escasa luz filtrándose por alguna claraboya y presidido por un cuervo, pájaro de mal agüero, ¿o se prepararían los animales monstruosos con dos cabezas que de tantos lugares se remitieron al Real Gabinete en diferentes épocas?

El patio interior ¿sería otra espantosa dependencia con grandes manchas de sangre, restos de vísceras por doquier? Confieso que perdía el control de mi imaginación. Tampoco era fácil indagar sobre estas incógnitas, pocos éramos los que trabajábamos en la Sección de Zoología y si preguntaba sobre ellas me contestaban con evasivas.

El Museo –igual que en la actualidad– estaba dividido en dos alas nobles –como todo castillo que se precie de tal– por una gran cúpula, cúpula ésta que en su interior alberga a la Escuela Especial de Ingenieros Industriales –anteriormente, todo el edificio perteneció al Palacio de la Industria y Bellas Artes–. En el ala de la derecha, mirando de frente al edificio, se había instalado la Sección de Geología y la de Fósiles, algunos laboratorios y otra biblioteca especializada. El Instituto Lucas Mallada también tenía su sede en esa parte del edificio. Yo frecuentaba poco estas Secciones, alguna que otra vez acompañando algún visitante o a mis innumerables sobrinos que de vez en cuando me visitaban. Estoy segura de que esta parte encerraba también sus misterios.

Tuvieron que pasar bastantes años para que se desvaneciera el *suspense* que entrañaban esos lugares. La primera visita que realicé fue a la biblioteca antigua; acababa de hacerse cargo la bibliotecaria que había obtenido la plaza y al saber que existía otra cerrada a cal y canto se hizo con la llave y me invitó a que la acompañara. El día de la excursión nos armamos de valor; dimos varios golpes en la puerta para ahuyentar a los espíritus que, en forma de ratas, se habían adueñado de ella. Cumplido este requisito imprescindible para no tener tropiezos sorpresa, procedimos a abrirla empujando con fuerza porque estaba atascada. Una tenue claridad se filtraba a través de los sucios cristales de sus ventanales proyectando tímidos rayos de luz polvorientos sobre los muebles que llenaban la estancia. En primer lugar nos encontramos con un gran arcón de madera. En el centro varios pupitres antiguos con asientos abatibles, sus tinteros empotrados en las mesas, y portaplumas. Alrededor de toda la habitación, armarios practicados en las paredes, con puertas de cristales, encerraban grandes libros. Una mesa de despacho antiquísima presidía el conjunto. Varias sillas tapizadas de cuero, muy deterioradas, algún sillón frailuno y mucho polvo. Después de esta somera inspección abrimos el arcón y vimos que contenía trajes antiguos que no osamos tocar por temor a que sus tejidos se deshicieran entre los dedos. Quizá entre todos ellos estuvieran aquellos vestidos chinos que el gobernador de Manila había regalado al Rey de España y éste destinó a su Gabinete Real. O el manto de la infanta Inés de Castro, esposa del infante don Felipe, que un siglo antes se había remitido al Museo. O aquellos otros trajes que solicitaba la familia real para disfrazarse en alguna fiesta.

Fueron varias las visitas que hicimos a ese depósito; era una sala bastante grande y nada, en ella, hacía temer mis aprensiones anteriores, únicamente nos inquietaban los extraños ruidos que emitían sus *habitantes*.

El patio central interior lo descubrí en segundo término, cuando cierto día los preparadores, que tenían su laboratorio cerca de él, me invitaron a presenciar cómo preparaban y naturalizaban unos periquitos. Dicho laboratorio se hallaba al final de una sinuosa escalera de caracol, bastante peligrosa de descender por su estrechez, sus empinados escalones y falta de barandilla donde asirse. El laboratorio, como todos los de su género: una larga mesa, estantes repletos de frascos, tarros, algodón, etc., en fin todo lo necesario para los trabajos que allí se realizaban. Una puerta de cristales daba salida al fatídico patio. Éste era cuadrado, o más bien rectangular. En derredor pequeños cubículos techados, sin puertas, donde antaño se arreglaban los animales. Muchos de estos cubículos conservaban la mesa, el lavabo, alguna escupidera de piedra blanca con soporte de metal. En otros, sillas desvencijadas, algún guardapolvo colgado de una percha antigua, que quizá esperara el regreso de su dueño..., y por doquier macetas vacías, probablemente depositadas allí por los jardineros.

En el centro del patio, el esqueleto de una ballena yacía esperando su montaje, ¿o quizá desechada? Tiempo después recordé este esqueleto al ordenar los documentos relativos a una capturada en el golfo de Rosas en 1831 y enviada al Museo en el 32, cuyo coste fue de 304.000 reales de vellón. Pero por lo demás, ni rastro de vísceras, etc., etc., en su pavimento, nada que hiciera temer los *aquelarres* allí practicados, al contrario, era un patio tranquilo en un día soleado que al no estar

cubierto se disfrutaba de un cielo azul y de una paz fuera del mundanal ruido. Envié a los preparadores por disfrutar de un lugar tan privilegiado.

El laboratorio de taxidermia lo descubrí mucho después, cuando ya tenía un despacho propio con el pomposo letrado, a la puerta, de Archivo. Armarios metálicos donde disponer debidamente los legajos encerrados en sus cajas sin necesidad de subir ni bajar cuando quedaban ordenadas; un fichero, una máquina de escribir, heredada de secretaria –también antidiluviana– una mesa de despacho –algo anticuada también– con cajón y llave y otra larga donde seguía extendiendo papeles y donde consultaban los asiduos estudiosos que acudían, cada vez con más frecuencia, en busca de datos, fechas y personajes –necesarios para completar sus trabajos– al archivo.

Recuerdo que cuando visité taxidermia me llevé una grata impresión, era un laboratorio alegre, se había podado la gran parra que cubría la verja y todo estaba limpio y pulcro; desde luego ya no se descuartizaban los grandes animales. En cierta ocasión llevaron un león muerto; se había escapado del circo y la benemérita lo había abatido a tiros. Al parecer, de este animal solo se aprovechó, para el Museo, su piel, la carne, cortada en pedazos, se repartió entre quienes quisieron comerla una vez guisada. A mí me ofrecieron, pero decliné el honor de probar carne de león. Después me dijeron que tenía buen sabor.

Aparte del paso obligado que diariamente realizaba por la sala de exposiciones –dos veces al día, a la entrada y a la salida de mi jornada laboral, cuyo horario era de 9 a 14 y por el que cobraba 500 pesetas mensuales– hacía varias incursiones a ese lugar; siempre que me aparecía algún dato sobre los animales expuestos bajaba a comprobarlo. Unas veces lo lograba, otras me contentaba con suponerlo. Comprobé que aquellos pajarillos de varios colores posados en las ramas de algunos arbolitos expuestos a la contemplación de los curiosos en la Sala de Aves, pertenecían a los que, en 1806, cuando falleció el padre Fernando Scío, se dio orden para que se trasladaran al Gabinete las colecciones de pájaros, reptiles y mariposas que tenía en su aposento. Estos pájaros artísticamente dispuestos en vitrinas y cuadros enmarcados, eran los mismos que admiré en mi primera visita a esa sala y que tan agradablemente me sorprendieron.

Años después cambió totalmente la fisonomía del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Se retiraron muchos de los animales naturalizados que se habían exhibido en el gran salón durante décadas, dando paso a las nuevas técnicas, se hicieron obras ampliando y reformando, en parte, su estructura, se unificaron las tres bibliotecas –antigua, de Zoología y la de Geología– y desaparecieron muchos de los secretos celosamente guardados que encerraba el Museo. A todo ello le dí un adiós nostálgico.

Pero no solamente tenía mis preferencias en estancias solitarias, entre los personajes que iban desfilando ante mis ojos cada vez que leía algún escrito, encontraba sujetos que gozaban de toda mi admiración. Unos eran los componentes de las expediciones por sus sacrificios, su abnegación en recolectar los especímenes preciosos de las tierras inhóspitas por donde deambulaban. También el mundo de la realeza me fascinaba... Pero había otros más cercanos, que tal vez por leerlos más o, precisamente por carecer de datos personales, me atraían más intensamente. Estos

eran don Pedro Franco Dávila y don Eugenio Izquierdo. El primero, fundador y primer director del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, me interesó su trayectoria como coleccionista, pero mucho más la vida aventurera y azarosa que llevó en su juventud hasta su madurez, allá por los años de 1745, cuando se instala en París donde logra reunir un magnífico gabinete estilo siglo XVIII donde todo valía para coleccionar y que después ofreció al Rey de España. Mi admiración ha quedado plasmada en la biografía que he escrito y que posteriormente he ido escribiendo, a retazos, según me han solicitado para alguna que otra publicación.

Don Eugenio Izquierdo de Rivera ha sido mi preferido desde el momento en que tuve ocasión de conocer parte de su identidad a través de las pequeñas notas que de su puño y letra obran en el archivo cuando fue nombrado vicedirector del Gabinete Real; o de la correspondencia que mantuvo durante su estancia en París con don Pedro su verdadero benefactor; o bien por las noticias que algún lector me proporcionaba. Ha sido un personaje rodeado siempre de un gran misterio. Unas veces me comentaban que había sido espía a las órdenes del Ministro Godoy. Otras que a pesar de ser poco agraciado físicamente –bizqueaba de un ojo– poseía un atractivo especial entre el sexo femenino; que era enormemente culto y su conversación hartamente interesante. El Padre Barreiro, biógrafo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, nos dice que a poco de nombrarle director, al fallecimiento de Franco Dávila, desapareció misteriosamente y, salvo raras excepciones, no volvió a aparecer por el Gabinete ignorándose sus actividades.

Siempre quise dedicarme a desentrañar el misterio que rodeaba a este personaje, pero el poco tiempo que he tenido para dedicarme a consultar archivos y bibliotecas mientras he estado en activo, ha sido el motivo por el que he ido posponiendo el escribir su biografía. Ahora, al encargarme la Real Academia de la Historia la de don Pedro Franco Dávila para la Enciclopedia que va a editar y preguntarme qué otro personaje podría biografar también, no dudé en proponer a don Eugenio Izquierdo de Rivera, que es uno de los grandes olvidados de la historia. Ya había desentrañado alguna de sus actividades secretas: fue el interlocutor entre el Ministro español Manuel Godoy, Duque de la Alcudía, y el Emperador de Francia, Napoleón Bonaparte entre los años 1806...

He ido socavando información y he amontonado papeles y más papeles con datos suficientes para emprender el trabajo tanto tiempo pospuesto. He conseguido informes sobre su valía científica, sobre las Comisiones a él encomendadas, etc., etc., que si no completan enteramente toda su vida, sí nos dará una idea bastante aproximada de su existencia, desde que nace, cuya fecha es dudosa, hasta su fallecimiento acaecido en Chantilly en mayo de 1813.

Voy pues, querido lector, a ir describiendo paso a paso la vida y milagros de este interesante personaje con ayuda de toda clase de noticias y espero desentrañar con toda nitidez la personalidad un tanto borrosa con la que ha sido conocido don Eugenio Martín Izquierdo de Rivera y Lazaún.